

LAS ROMÁNTICAS Y EL REY DE CACHA, 1872

Raúl Vallejo Corral

(Fragmento de la novela *Manuscrito de vna corónica inconclusa*)

El baúl en que el que yo reposaba, al margen del mundo, fue trasladado a la casa de hacienda de la familia de sor Catalina¹. El encierro de algunas décadas me mantuvo alejado de las guerras que asolaron al país durante los tres primeros cuartos del siglo XIX, hasta que la curiosidad de una sobrina bisnieta de sor Catalina me encontró en la bodega de la nueva casa de hacienda a donde habían ido a parar algunos trastos de la casa de antaño.

Federica Dávila Vallejo, la sobrina bisnieta, era de facciones finas y dueña de unos ojos azules vivaces que desbordaban curiosidad; su rostro de tez blanca y las mejillas de color amanzanado le daban un aire de muñeca de porcelana francesa; su pelo negro, de hebra fina y brillante, le cubría por entero la espalda y se prestaba para todo tipo de peinado. Federica tenía nueve años cuando se suicidó Dolores Veintimilla de Galindo. Los rumores acerca de la poeta suicida llegaron a Riobamba y la niña Federica los escuchó con la mirada atenta de quien se asoma al desconocido e incomprensible mundo de los adultos. La feligresía se santiguaba porque la poeta había defendido en una hoja suelta, titulada *Necrología, la condición humana del indio Tiburcio Lucero*, un parricida ejecutado en la horca el 20 de abril de 1857. Estas son las palabras con las que Dolores Veintimilla había concluido su *Necrología*:

Que allí tu cuerpo descanse en paz, pobre fracción de una clase perseguida; en tanto que tu espíritu mirado por los ángeles como su igual, disfrute de la herencia divina que el Padre Común te tenía preparada. Ruega en ella al GRAN TODO, que pronto una generación más civilizada y humanitaria que la actual, venga a borrar del Código de la Patria de tus antepasados la pena de muerte.

¹ Para una mejor comprensión del presente texto: El manuscrito es la voz narrativa del hilo conductor de la novela. Sor Catalina es la escribiente del manuscrito del capítulo anterior; Federica es la del presente capítulo y Esperanza Batallas, a quien se nombra hacia el final, es la última de las escribientes.

Dicen los que mal dicen del prójimo, que la poeta, arrogante en sus pocas letras y sin temor de Dios, decidió ingerir una azulada copa de agua mezclada con cianuro en la madrugada del 23 de mayo de 1857. Mientras bebía la pócima, envuelta en un olor de almendras amargas, invocaba a su personalísimo Gran Todo. Con la ligereza de las enajenadas, la poetisa imaginó que esa divinidad inexistente perdonaría la soberbia de quien dispone de una vida cuya muerte solo la decide Dios.

Federica, que al igual que su bisabuela leía poesías y novelas a escondidas, lloró al conocer que los ataques inmisericordes de un cura hicieron mella en el corazón ensombrecido de la poeta. Desde el púlpito de una iglesia de Cuenca, el cura acusó a Dolores de panteísta y mujer disoluta por las ideas expuestas en su *Necrología*. Lloró aún más al enterarse de que, con la muerte de Dolores, un niño llamado Santiago, con los mismos nueve años de ella, había quedado huérfano de madre. Sintió que se ahogaba de angustia cuando escuchó a su padre leer un escrito de fray Vicente Solano aparecido en *La Escoba*, días después de la muerte de Dolores, en el que la memoria de la poeta era vilipendiada. Y a la niña de mejillas encendidas le pareció que Dolores volvía a morir:

No obstante, en nuestro siglo hay una tendencia marcada a la abolición de la pena de muerte, y esto no puede provenir sino de dos cosas, o del desprecio de la religión, o del deseo de ser trastornada la sociedad con la impunidad de los crímenes. No ven, como dice Madrolle, que la abolición de la pena de muerte acaba multiplicando las muertes. El Ecuador ha comenzado a experimentar esta verdad en la persona de la desgraciada María Dolores Veintimilla. Esta mujer, con tufos de ilustrada, había hecho la apología de la abolición de la pena de muerte; y por una inconsecuencia del espíritu humano, como he dicho antes, se atribuyó un poder que había negado a la sociedad: se suicidó con veneno, porque no pudo sostener su cuestión contra los que la habían atacado.

En una tarde de mayo de 1867, abrigada con un rojizo poncho de lana, Federica, cuyas trenzas formaban una corona con apliques de colores vivos en forma de florecillas, se inflamaba de poesía sentada junto a la fuente de piedra, disfrutando de la suave y rítmica circulación del agua. En medio del jardín de rosas encendidas, geranios luminosos, cartuchos sonrientes y buganvillas abrazadas a la cerca que separaba el jardín del comienzo de la arboleda, ella ojeaba con emoción el libro que su amiga Carmela le había enviado desde Guayaquil. Federica se detuvo en la página cuarenta de la

Lira ecuatoriana, colección de poesía líricas nacionales, escojidas i ordenadas con apuntamientos biográficos, por Vicente Emilio Molestina, Doctor en Jurisprudencia, y leyó la siguiente estrofa de «La noche i mi dolor»:

Déjame que hoi en soledad contemple,
De mi vida las flores deshojadas;
Hoi no hai mentiras que mi angustia temple.....
¡Murieron ya mis fábulas soñadas!

Cerró el libro y, mientras contemplaba el jardín de colores, recordó los rumores que se extendieron como un manto siniestro sobre la vida de la suicida. Los chismes decían que la poeta, abandonada por el marido que era un médico colombiano que andaba por Panamá, fungía de anfitriona de tertulias a las que acudían varios hombres para departir música, poesías y algunas copas de *eau de vie*. Las lenguas de las habladurías dijeron también que, fruto de tales excesos, Dolores estaba embarazada al morir. El rumor, a pesar de que fue desmentido por el médico que le practicó la autopsia a Dolores, perduró en los duros corazones de una ciudad poblada de rumores.

A la llegada del crepúsculo, entró a la casa y fue directamente a su habitación. En el baúl donde yo dormía, que Federica hizo llevar a su cuarto, ella había guardado algunos números del periódico *La Unión*, del año 1863, donde apareció la novelina *La emancipada*, de Miguel Riofrío, un liberal que se exilió en Piura. La imagen del cuerpo abierto de Rosaura sobre la mesa en la que le practicaron la autopsia acompañaba a Federica desde sus quince años. Fue a esa edad cuando leyó por primera vez el relato acerca de aquella mujer apasionada cuyo hombre no fue capaz de amarla con la misma intensidad con que ella lo amaba. Después de los excesos de vida a los que se entregó, Rosaura sucumbió a la severidad de las costumbres del pueblo: Allí estaba exangüe y despedazado el corazón que había hecho palpar a tantos corazones.

Federica salió de la habitación a la sala y se sentó frente al piano. Mientras tocaba el *valse du petit chien*, la joven sintió que la música envolvía aquella soledad de Chopin que experimentaba como propia y se acordó del poema de Riofrío, que también había leído esa tarde en el jardín. Los versos de «Su imagen» hablaban del retrato de Delfina, y ella imaginó el retrato de la condesa Delfina Potocka, la amiga a quien el músico polaco le había dedicado aquella pieza:

¡ es vana aspiración querer ahora
En tu esencia, Delfina, contemplarte:
Lo que en auras celeste se evapora
Se escapa al jenio i anonada al arte.

El fusilamiento es un encuentro definitivo con el olor a pólvora que tiene la muerte. La ejecución de un asesino por un pelotón de fusilamiento es un acto de barbarie perpetrado bajo el amparo de la ley y la justicia. Un individuo solo, con los ojos vendados, las manos atadas, el corazón a punto de reventar por el miedo, la piel sudorosa porque sabe que para él ya no hay futuro; un individuo que se enfrenta a una media docena de soldados armados, cada uno con un fusil, es un individuo cuya vida no vale nada. El fusilamiento es un asesinato legal cuya existencia jurídica se justifica más en el afán de venganza antes que en el espíritu de justicia. Tiempo después de aquellos días de lectura en el jardín, a los veinticuatro años, los ojos de cielo despejado de Federica fueron testigos del fusilamiento de Fernando Daquilema en la plaza central de Yaruquíes, el 8 de abril de 1872. Esto es lo que, sobre aquellos terribles sucesos, Federica, mi joven Escribiente, perpetuó en mí:

«Antes del mediodía todo estaba consumado. Las nubes oscuras, arremolinadas en un siniestro rumor de viento, fuéronse aglutinando durante la mañana hasta que, después del fusilamiento, la tristeza del cielo reventó en un llanto frío, duro e inconsolable. El coronel Ignacio Paredes comandó el escuadrón de caballería que ejecutó a Fernando Daquilema. La venganza de los hombres blancos, con la máscara de la justicia de la gente de bien, ha caído sobre el Rey de Cacha. La consumación de la vida tiene un olor a pólvora y a lluvia entristecida.

»No crean que porque compadezco al criminal mi corazón joven e inexperto justifica el crimen. Mi entendimiento quiere explicarse esos meandros del corazón que permiten la existencia de la violencia entre los mismos hombres que hablan de paz. Si la rebelión de los indios fue cruel durante el levantamiento del año pasado, la crueldad de sus acciones fue la respuesta de las almas que padecen por centurias en las tinieblas de la desesperanza. Fernando Daquilema y Manuela León se sublevaron con la ira acumulada en siglos de torturas en los cepos de los encomenderos, siempre los cepos, en siglos del pago injusto y a la fuerza de diezmos al señor cura y de aduanas al mal gobierno, en siglos de despojo de su heredad que los infelices hombres y mujeres de la raza indígena han padecido.

»No intento justificar los asesinatos que cometieron Daquilema, Manuela León y otros indios alzados. Intento, invocando el amor del Padre Común, que los hombres y las mujeres del país reflexionemos acerca de la ira y el odio que se acumula en quienes son sometidos, maltratados y despojados, contra sus crueles opresores. Intento, en aras de la justicia de los hombres, que se revisen los procedimientos de un Consejo de Guerra en que el acusado ni siquiera habla la lengua de quienes lo juzgan y menos entiende los argumentos de sus fiscales. Intento, como lo intentó la poeta Dolores Veintimilla en el pasado, que nuestra generación, más humana y positivista, elimine del Código de la Patria aquella ley bárbara que es la pena de muerte.

»En enero de este año, Manuela León pagó con su vida la osadía de su espíritu indómito. Una mujer que se subleva es un mal ejemplo para todas las mujeres que tenemos que asentir con la cabeza cualquier palabra de cualquier hombre. Una mujer indígena que reclama a gritos y mata sin arrepentimiento es un engendro del demonio. “¿Qué tienes que decir?”, le preguntaron sus verdugos antes de fusilarla. “Habla, ahora, antes de que te mandemos al infierno”. Ella, que había dado muerte al teniente Miguel Vallejo en un combate cuerpo a cuerpo y que, con su tupo, le había sacado los ojos; ella que, minutos antes, había rechazado la venda en sus ojos para mirar de frente las balas que le arrancarían la vida, respondió altiva y orgullosa: “Manaima”.

»En este abril, mes de lluvias y crueldad, el llanto del cielo fue tan intenso como breve y el cuerpo sin vida de Fernando Daquilema quedó expuesto, para ejemplo de la indiada, durante el resto del día bajo un letrero que decía: “Ajusticiado por el Ministerio de la Ley por haber recibido el calificativo de Rei i haber sido el cabecilla principal de la sedición de 1871”. Daquilema tampoco dijo nada a sus verdugos, ¿para qué? Su palabra se había esparcido a través de su lucha contra los blancos en lo profundo del corazón de su pueblo; ahí donde se acumulan las rebeldías, ahí donde el odio se agazapa y construye morada hasta que llegue el día de la venganza. Algún día, el Gran Todo sanará nuestros espíritus y estoy segura de que ya no habrá más sublevaciones porque a la raza perseguida se le habrá hecho verdadera justicia. ¿Qué más tiene que decir mi pluma acongojada? Manaima. Nada».

Un año después de estos sucesos, Federica, hastiada de la mezquindad de sus vecinos, me llevó con ella al puerto de Guayaquil. En 1878, para festejar sus 30 años, invitó a Rita Lecumberri y Dolores Sucre, dos poetas mayores que ella, a una tertulia literaria en la que recordaron a Dolores Veintimilla. A Federica la acompañó durante aquella velada su amiga Carmela, a quien llamaba, con el cantadito de su voz susurrante, mi ninfa del Guayas. Rita, con su porte de matrona, leyó un poema a una rosa marchita, y ya que previamente había puesto su mano sobre las manos enlazadas de Federica y Carmela, remarcó en su lectura los siguientes versos:

Rosa, has visto tu hermosura
Como yo mis ilusiones,
Eclipsar con nubarrones
De la triste desventura;
Y una á una desprenderse
Las hojas de tu esperanza,
Que veloz el viento lanza
Á confundirse y perderse.

Dolores, que celebró los versos que Federica leyó durante la tertulia, le aconsejó que se cuidara de la mezquindad de los hombres, para quienes las mujeres letradas son, como lo fuera su tocaya Veintimilla para el innombrable cura de Cuenca, insolentes, blasfemas, azotacalles y disolutas. Dolores Sucre, que respiraba con cierta dificultad en su cuerpo voluminoso de señora apacible, leyó con el tono de una maestra de escuela:

Yo también fui feliz: también amaba,
Como amabas tú, las artes y la historia;
Y al estudio también me consagraba
Fecundando, anhelante, mi memoria.

Mas, ¡ay!, de mi entusiasmo se reían
Y pedante los hombres me llamaron,
Y mi noble ambición no protegían
Y de la pobre niña se burlaron...

Federica, algo cohibida ante el porte de las poetas, dedicó un poema a Carmela, su amiga guayaquileña. Carmela, cuya piel evocaba la sensual fragancia de la canela, parecía una escultura exótica en medio de la sala. Antes de leer, Federica contempló a su ninfa del Guayas con sus ojazos de horizonte marino y le obsequió con una sonrisa y una mirada de esas que únicamente las almas que hablan entre sí suelen entregarse. Los ojos de Carmela se encendieron con el brillo del almíbar de pechiche. Federica advirtió a las tertulianas que sus versos, aunque poco logrados pues las musas no le habían sido tan favorables como el dioscello del amor, eran palabras sinceras de su corazón abierto.

El torrente de la ría despierta
Junto al dulce rumor de nuestros pasos:
Es el rüido del corazón alerta
Que navega hacia el mar de los abrazos.

De aquella velada que compartieron con Dolores y Rita quedaron para siempre en sus espíritus las lecturas de los poemas, las historias de las abuelas que cada una de ellas contó, esas vidas llenas de secretos intensos de los que solo se habla entre mujeres, y la complicidad silenciosa de los abrazos de despedida. Meses después, Federica, mi Escribiente, y su amiga Carmela se fueron de Guayaquil. Las almas libres son perseguidas por los inquisidores de cualquier alegría ajena y por los esclavos de sus propios miedos.



La última noticia que tuve de ellas fue una postal que Carmela envió a su madre, desde Francia. La postal tiene una imagen en primer plano de la torre Eiffel, que domina con su majestuosidad de hierro el paisaje de la ciudad, y está coronada por *la leyenda: 1889 Exposition Universelle de Paris*. En la postal está escrito: Madre: sólo tú conoces la felicidad del alma libre de tu hija. Con amor, Carmela.

Esperanza Batallas, que platica conmigo en las noches frías de su insomnio acompañado de lecturas, luego de leer la corónica que escribió Federica me abrazó con el cuidado de una mujer que comparte el gesto de su intimidad, así como verdades que son peligrosas. El padre de su hija Sofía se había ido de la casa igual que tantos hombres incapaces de entender el ritmo sosegado de los ritos cotidianos. Ese hombre repitió los lugares comunes del hombre que se quiere marchar; que la vida doméstica lo estaba asfixiando, confesó; que necesitaba espacio personal para crecer, se justificó; que en este país a nadie le importa el arte, se quejó; que en Europa podría ser músico de verdad, explicó; que siempre se ocuparía de Sofía, prometió.

La hija habita un cuarto de paredes color palo de rosa, con una repisa de muñecas que la madre ha ido comprando en el parque del Ejido y en la feria de Otavalo, en el mercado de artesanías de La Paz y en el del Cusco, un cuarto feliz como el vientre materno. Cuando Sofía se queda dormida, Esperanza me habla como a una amiga. «Yo le dije que lo querría toda la vida, pero a él le bastaron un par de años felices hasta que dejaron de serlo; ahora me sobra tiempo para seguir amando la vida entera». Así evocó una noche de confidencias a ese hombre que se fue de músico a Europa y del que su hija Sofía espera, cada sábado, una llamada telefónica que nunca llega. Esperanza no tiene quien le envíe mensajes de amor a su móvil.

Luego del viaje de Federica y Carmela, yo me quedé descansando hasta el nuevo siglo en un galpón de la hacienda de la familia de Carmela, en las praderas sin fin de Samborondón. Junto a la postal parisina, permanecí envuelto en telas fragantes dentro de un baúl de madera cuya tapa tenía labrado un paisaje de la provincia. El baúl, con las esquinas reforzadas de cuero repujado, permaneció cerrado para evitar que los roedores y los vecinos malquerientes hurgaran en los recuerdos prohibidos.

Un sutil olor a nardos me acompañó en la placidez de mi sueño.